

volentem subsequitur ut frustra non velit. Idem, in Enchir. cap. 52.

Quid potest esse meritum hominis ante gratiam, cum omne bonum meritum, bonum nostrum non in nobis faciat, nisi gratia? Idem, Epis. 17.

Vita hominis probi non est opus hominis, sed Dei; imo Dei et hominis, Dei propter operantem gratiam, hominis propter cooperantem obedientiam. Id., Sermon. 15 de Verb. Apost.

Gratia Dei donum Dei est, donum autem maximum Spiritus Sanctus est, et ideo gratia Dei dicitur. Idem, Sermon. 61 de Verb. Dom.

Quotidiana prestat Deus praesidia, quibus, nisi freti confisique nitamur, nequicquam humanos vincere poterimus errores. P. III. Epist. ad Conc.

Necesse est ut, quo adjuvante vincimus, eo iterum non adjuvante vincamur. S. Coelest. P. Epist. 1, cap. 6.

Magnam gratiam homines apud Deum haberent, si medietatem eorum, que pro gratia mundi expendunt, pro gratia Dei expendere. S. Thom. Opusc. 38.

la quiere para que la quiera, y cuando quiere, la gracia le inspira una voluntad eficaz.

¿Qué mérito puede tener el hombre ántes de poseer la gracia, si solo la gracia es el origen de todo mérito y la que en nosotros obra todo lo bueno?

La vida de un hombre justo no es obra suya, sino de Dios; mejor diremos, de Dios y del hombre; obra de Dios por la gracia con que le auxilia, obra del hombre por su sumision y correspondencia.

Es la gracia un don de Dios, este don sobre todo don es el Espíritu Santo; por esto la gracia se llama *de Dios ó divina*.

Dios nos dispensa todos los días sus gracias, con las cuales, á no ser que en ellas confiemos y nos apoyemos, ni aún podríamos librarnos de todos los errores de los hombres.

Si cuando Dios nos asiste vencemos al enemigo, cuando él no nos asiste irremisiblemente, somos vencidos.

Los hombres tendrían mucha privanza con Dios, si para poseer su gracia hicieran solo la mitad de los sacrificios que hacen para captarse la amistad del mundo.

GRACIA; véase: ESTADO EN GRACIA Y EN CULPA, DISCULPAS Y SAMARITANA.

GRACIAS (ABUSO DE LAS); véase: INSPIRACIONES.

GRANDEZA DE DIOS; véase: DIOS.

GRANDEZA DEL HOMBRE; véase: HOMBRE.

GRANDEZA.

(LA VERDADERA)

Domine... qui timent te, magni erunt apud te per omnia.

Señor... aquellos que te temen, serán grandes delante de ti en todas las cosas.

(JUDITH. XVI, 46 et 49.)

El hombre está soñando siempre en su propio engrandecimiento. Felices eran nuestros primeros padres en el paraíso, y al decirles el enemigo tentador, que, infringiendo el precepto que el Señor les había impuesto, serían como dioses, desobedecieron á su Criador, y se vieron arrastrados á una comun ruina. A esta desgracia lamentable subsiguieron males sin cuento; pero el hombre, en el desorden de su apetito, no ha dejado por eso de aspirar á la grandeza, por los mismos caminos extraviados que arrastraron á sus padres al precipicio. Después de heredar el pecado, tenemos siempre abiertos los oídos para escuchar y seguir al que nos diga: *sereis como dioses*. Este es el pecado original; este es el hombre, tal como le ha dejado la culpa.

Nada puede, por lo tanto, sernos más provechoso, que conocer los caminos por donde podemos llegar á la verdadera grandeza. Ya que nos mueven siempre los deseos de engrandecimiento, procuremos conocer la senda que nos conduzca á realizar nuestro destino, y á ver cumplidas nuestras esperanzas. Pero, encuétranse aquí en oposicion el mundo y la fé, como casi siempre sucede. El mundo, dice á los suyos: buscad la grandeza: imitad á esos hombres, que, en cien combates, dejaron atónito al mundo al contemplar sus rápidas conquistas: imitad á esos genios sublimes, cuyas elocuentes producciones les valieron las ovaciones más brillantes: de este modo sereis verdaderamente grandes, y seré el primero en prestaros homenajes casi divinos, en erigiros estátuas, y grabar vuestros nombres en suntuosos obeliscos. La fé, al contrario, nos dice: buscad la grandeza; pero la grandeza sólida y verdadera. No os dejeis deslumbrar por un brillo fascinador. Fijad la vista en los sitios que sirvieron de teatro á los ruidosos hechos de los que el mundo llama grandes; y solo encontra-

reis huellas sangrientas, lamentos inconsolables, ruinas, y, cuando más, una efímera sombra de la ciencia. ¿Y esto es suficiente para dar el título de verdadera grandeza? La verdadera grandeza tiene por fundamento la virtud, y en los héroes del mundo no vemos más que un frío y glacial egoísmo.

¿Quién tiene razón, la fe ó el mundo? Ved ahí, hermanos, lo que voy á proponer á vuestra consideracion, demostrándoos, que solo el hombre que se deja guiar por los principios de la religion, puede conseguir la verdadera grandeza. Para que sean eficaces mis palabras, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Pensamientos elevados, sentimientos y afectos nobles, conducta irreprochable, hé aquí las cualidades que constituyen al hombre grande y verdaderamente digno de este nombre. Pues bien; no hay hombre que tenga pensamientos elevados, que esté dotado de afectos y sentimientos nobles, que observe una conducta irreprochable, sino el hombre formado segun el espíritu de la religion. De aquí se infiere, que solo el que se deja guiar por los principios religiosos, puede llegar á la posesion de la verdadera y sólida grandeza. Veámoslo.

Ante todo, no cabe concebirse más elevados pensamientos que los inspirados por la religion. ¿A qué aspira el guerrero, el filósofo, el orador, el político, y todos esos genios, que el mundo enaltece y pretende immortalizar? ¿Cuál es el objeto de sus trabajos, toda vez que no los ennoblece la religion? Los unos, abandonándose al azar, viven en continua alarma, prodigan los tesoros y la sangre de sus semejantes, y llevan á todas partes el espanto y la desolacion por conquistar algunos palmos de terreno, y rodearse de un fantasma de poderío, que la muerte desvanecerá bien presto. Otros consumen su vida en prolongadas vigiliass, por adquirirse un nombre en la carrera de las ciencias humanas; carrera inmensa, cuyos límites no alcanzarán por más esfuerzos que hagan. Todos, en fin, miran como una suprema felicidad el conservar, despues de la muerte, una especie de vida imaginaria en la memoria de los hombres, legando á la posteridad el recuerdo de sus actos. Tal es la elevacion de pensamientos de esas almas, que el mundo llama grandes.

Veamos, ahora, si los pensamientos del verdadero cristiano son más sublimes. El cristiano abarca en una mirada toda la extension de la tierra, y comparándola con la inmensidad de su corazon, la encuentra pequeña y limitada. Sus pensamientos se extienden más allá del tiempo y del espacio; sus pretensiones se conforman con sus derechos, y su ambicion es proporcionada á su dignidad. Para describir los

grandes designios del más célebre de los conquistadores, se ha dicho, que lloraba al ver que sus victorias no podrian extenderse más allá de los límites de la tierra. ¿Cuán mezquinos eran, sin embargo, sus pensamientos! ¿Qué reducidas sus miras! A este conquistador le parecia como que estuviera reducido al mundo creado; siendo así, que el hombre virtuoso, más allá de este valle de lágrimas y de quebranto, de este teatro de miserias y de crímenes, ve el reino de la santidad y de la paz, y su alma se lanza hácia aquella mansion de inalterable y permanente felicidad. Viéndose superior á los objetos presentes, aspira á los eternos. Tiende la vista sobre la tierra, la despoja de las preocupaciones que la trasforman, y ve eclipsarse el esplendor de la reputacion; desaparecer el brillo del honor, marchitarse lo florido de la belleza, desvanecerse la celebridad del nombre, desaparecer la gloria de los imperios, y hundirse todo. Ve las vicisitudes de los hombres, la esterilidad de sus proyectos, la inestabilidad de su fortuna y la brevedad de su vida, que termina con dolor. Ve en los dichosos del mundo una secreta amargura, que turba su tranquilidad; una rivalidad envidiosa, que causa su desdicha; y una triste perspectiva de un fin real y cierto, que los llena de terror. Se examina á sí mismo, y, en medio de las sombras de una mortalidad, que le humilla, siente el inmenso deseo de una alma, que con nada se satisface en la tierra; que cree no poseer nada, sino posee todo cuanto hay que poseer; oye la voz de la immortalidad, que le destina á una felicidad interminable; ve el vacío y la nada de los bienes que, alguna vez, habia deseado; y en vista de esto dice en su interior: entre lo que yo veo y lo que soy, no hay relacion recíproca; solo mi Criador puede ser mi único fin: soy obra suya, y debo poseerle; es infinito, y de lo infinito necesito para ser dichoso; esta felicidad se me ha prometido; trabajaré por obtenerla.

Ahora bien, ¿es posible concebir pensamientos más elevados que los de un hombre, que, ambicionando nada ménos que la posesion de lo eterno, ni aún se digna dirigir una mirada á todo cuanto dice relacion con el tiempo; que, aspirando á una gloria indefinida, considera la gloria de este mundo como sombra fugaz; que, optando al imperio del cielo, califica de vanidad todos los reinos de la tierra? ¿Ciegos, que pensais siempre en los bienes mezquinos de la tierra y suspirais por ellos! ¿dónde está la elevacion de vuestros pensamientos y de vuestras miras, ya que Dios no es su objeto? Ese cristiano humilde y fiel, cuya poca importancia despreciais; ese hombre vigilante, cuya vida es un continuo preparativo para el instante en que deba terminarse; ese héroe, cuyas acciones no tienen otro fin sino la feliz

inmortalidad; hé aquí las almas verdaderamente ilustradas; hé aquí los verdaderos sábios; hé aquí los que merecen ser llamados grandes. Vosotros los mirais con desprecio como á unos ignorantes; pero si dirigieseis siquiera una mirada á vuestro sepulcro, entre las flores que le cubren; si midieseis con la corta duracion de vuestros dias la brevedad de los placeres en que los ocupais; si formaseis juicio del camino que seguis por el término á que os conduce; si no apartaseis la vista de la claridad de una vida futura; admiraríais la elevacion de sus pensamientos, y no ceñiríais vuestras miras al espacio de esta vida, limitada á la duracion de un dia. Quereis ser grandes, y careceis del primer carácter de grandeza, que es la elevacion de pensamientos, como quiera que los vuestros los fijais en la tierra.

Si tan admirable aparece el hombre que se deja guiar por los principios de la religion, en cuanto á la sublimidad de miras y de pensamientos, no lo es ménos en cuanto á la nobleza de afectos y de sentimientos, que constituye la segunda cualidad de los hombres verdaderamente grandes. De continuo oimos hablar en el mundo de nobleza, delicadeza y generosidad de sentimientos y afectos. Este lenguaje es magnífico. Vemos tambien, que la parte sensata y juiciosa de este mismo mundo, mira con desprecio los sentimientos y afectos de una ambicion violenta, que se descubre por los esfuerzos que hace; de un orgullo enojoso, que arma contra sí á los que procura humillar; de un ódio ciego, cuya bajeza se compensa con la execracion pública; de una grande injusticia, que produce amargas quejas; de una codicia sordida, que no se avergüenza de sus despreciables artificios; de una pasion desenfrenada, cuyos desórdenes se convierten en oprobio. Para que el mundo no reclamase abiertamente contra semejantes excesos, sería menester que desapareciese de la tierra todo sentimiento humano. Sin embargo, decidme, hermanos; el hombre que no se deja guiar por la religion ¿posee una pureza de sentimientos y afectos capaz de conservar en el alma el imperio, que debe tener siempre sobre los sentidos, hasta el punto de considerar como una bajeza la debilidad de obedecerlos, hasta el grado de hacer el debido aprecio de la vigilancia secreta que los cautiva, hasta el de preservar el entendimiento y el corazon del nublado que procura oscurecerlos? Decidme; la equidad del mundo ¿llega hasta el punto de no invertir en el juego, en los adornos, en las diversiones, y en las prodigalidades de toda especie, el dinero que se debe á los acreedores legítimos? La nobleza de los sentimientos y afectos del mundo, ¿llega al punto de honrar á la virtud más que á la riqueza, de no lograr la fortuna con el sacrificio de la virtud, de creer la virtud preferible á todos los bienes de la tier-

ra, y de estar pronto á sacrificarlos todos, ántes que dejar de ser virtuosos? ¿Llega la nobleza de los afectos y sentimientos, hasta el punto de persuadirse el que tiene autoridad, que ésta se le ha conferido para proteger la justicia? ¿Cree el poderoso, que se le ha dado el poder para inspirar amor á la beneficencia y ponerla en práctica, y no para hacer temible un poder independiente y despótico? El hombre, colocado en un puesto superior ¿cree que ha conseguido esto, con el fin de hacerse respetable por su bondad y amable por su condescendencia? El hombre dichoso cree, que lo es para socorrer á los que no lo son, para condolerse de los males ajenos, y no para excitar la envidia? La nobleza de afectos y sentimientos ¿llega al punto de renunciar una colocacion, que la vanidad solicita, y que la incapacidad desmerece; de juzgar de sí propio por las reglas de una modestia ilustrada, más bien que por el testimonio de una confianza presuntuosa; de no captar con bajas lisonjas y adulaciones, con viles complacencias, con aplausos criminales, la benevolencia de un protector? ¿Llega esta nobleza de afectos y sentimientos, hasta el punto de respetar sinceramente la reputacion del prójimo, de defenderla contra la malicia de los recelos, contra la imprudencia de las conversaciones, y contra la temeridad de los juicios? Pues bien, estos son los sentimientos y afectos que inspira la religion; estos son los sentimientos y afectos del hombre formado segun los principios religiosos.

Permitaseme ahora apelar al testimonio de la experiencia. ¿Cuáles son los sentimientos y afectos de los mismos secuaces del mundo, de cuya boca oimos continuamente el ostentoso alarde de nobles sentimientos? Enaltecen la moderacion, pero se dejan dominar de una ambicion excesiva; elogian la suavidad y dulzura de carácter, al mismo tiempo que nada quieren sufrir y tolerar; repiten por todas partes, que el hombre debe ser dueño de sí mismo, y, á la vez, se hacen esclavos de las más viles y vergonzosas pasiones. ¿Cuántas veces, bajo la falaz apariencia de generosidad, se sacrifica la justicia para hacer gastos exorbitantes, que solo sirven para fomentar el orgullo y la vanidad! ¿Cuántas veces se nos enseña á no perdonar las injurias, y á dar públicamente pruebas de una funesta venganza, so pretexto de pundonor! ¿No es lo más comun, confundir con las grandes pasiones, los afectos y sentimientos más nobles y generosos? ¿Cuántas veces la amistad, la fidelidad, la justicia, y hasta los derechos de la naturaleza, se sacrifican á un atractivo exterior, á un interés momentáneo! Un corazon que se nutre de los afectos y sentimientos inspirados por la religion, no se deshonorra con estos defectos. No hay gloria más pura, ni reputacion más bien sentada, ni alma más hermosa que la del hombre, que por los buenos

sentimientos dirige su conducta. Hé aquí la tercera cualidad de los hombres verdaderamente grandes. En la conducta del hombre formado por la religion, todo es grande y magnánimo; porque en sus operaciones no reconoce otro fin que la belleza de la virtud, ni otro término más glorioso que la victoria de sí mismo y de sus pasiones. Ajeno á la veleidad mundana, en todos tiempos y en todas ocasiones se manifiesta el mismo. Su firmeza de carácter no dá oídos á otra voz que la del deber: su integridad no admite más solicitud que la de la buena causa: su rectitud solo se deja guiar por el interés de la verdad: su fortaleza solo escucha la voz de la conciencia: su valor no teme arrostrar los esfuerzos de los hombres, siempre que están en oposicion con la voluntad de Dios; y su prudencia solo le hace temer lo que puede perder el cuerpo y el alma por toda la eternidad.

2. Colocad al verdadero cristiano en la casa de Dios, y le vereis que defiende su gloria, porque conoce su santidad. Enviadle á pelear en los ejércitos de su monarca, y admirareis su valor, porque sabe que debe ser fiel. Colocadle en el santuario de la justicia, y le vereis inalterable y lleno de valor, porque es justo. Confíadle la administracion más importante, y vereis que sus manos son siempre puras, porque debe ser puntual en el cumplimiento de su deber. Guardaos, empero, de proponerle proyectos injustos, ni maquinaciones odiosas, ni tramas artificiosas, porque las rechazará con desden; nada hay que pueda empeñarle en ellas, ni la esperanza de grandes ventajas, ni el aliciente de una fortuna brillante, ni los seductores embelesos de la gloria. Las miras políticas no le arrastran, el torrente del ejemplo no le inspira, el miedo de caer en desgracia no influye en él; porque Dios es el único dueño y señor á quien desea complacer; su voluntad, la única que ha adoptado por regla de su conducta; el grito de su conciencia, la ley que obedece; y la salvacion de su alma, la fortuna á que aspira. Fundado en los principios de una religion, en la cual no pueden causar mudanza alguna ni el tiempo, ni las ocasiones, ni los intereses, ni las circunstancias, le oireis repetir en su conducta el lenguaje generoso del Apóstol: que sostenido por la gracia, tiene resolucion bastante para no temer, que ni las criaturas, con toda su perversidad, ni el mundo, con todos sus contratiempos, le separen de Jesucristo. Hé aquí la verdadera grandeza en todo su esplendor; tal es la admirable conducta del hombre, que se nutre de los afectos y sentimientos inspirados por la religion.

Tal vez á algunos les parecerá exagerado el cuadro que acabo de trazar; pero apelo al testimonio de vosotros mismos para que decidais, si es, ó no, exacto. Cotejad esta descripcion tan lisonjera, no con

lo que veis en los cristianos, que solo lo son de puro nombre, y que lo deshonran con sus obras; no con lo que observais en los que, hallándose en el seno mismo de la religion, apartan los ojos de su luz, se hacen sordos á sus máximas, y cierran el corazon á sus consejos; sino con lo que veis en los que dejan dirigir su conducta por los principios religiosos, y á quienes mirais como perfectos cristianos, y confesareis, que nada tiene de exagerado la descripcion.

Tambien se dirá, que aún esos mismos cristianos tienen sus debilidades. No lo niego; y los mundanos, embriagados con un amor profano, arrebatados de cólera, carcomidos del odio, hinchados de orgullo, ruidos por la envidia y entregados á todas las pasiones, saben observarlas cuidadosamente, exagerarlas con artificio, y ponerlas de manifiesto, por tener el gusto de criticarlos severamente; pero ¿por qué notan estas imperfecciones en los mismos fieles con tanta escrupulosidad, sino porque se sabe que hacen profesion pública de triunfar de ellas? ¿Por qué se les critica tan agriamente, sino porque, teniéndose en gran opinion á su virtud, el menor extravío, causa una gran sorpresa? La perfeccion que estos rígidos censores de las faltas ajenas exigen de los cristianos fieles, ¿qué prueba, sino la idea de perfeccion que forman del cristianismo? Por otra parte; ¿cuántos hay en quienes apenas se descubre la menor mancha, y que, si alguna vez incurren en culpas leves, las examinan con el mayor cuidado, se acusan de ellas con dolor, las purgan con empeño y buena fé, y, con la mayor precaucion, se apartan de las ocasiones de cometerlas?

Concluyamos, hermanos míos, diciendo, que los cristianos fieles son evidentemente superiores á los demás hombres; porque si bien traen en sí mismos el principio de las debilidades comunes á todos, se distinguen por la magnanimidad con que se acostumbran á preservarse de ellas. La elevacion de sus pensamientos, la nobleza de sus afectos y aspiraciones, la pureza de sus costumbres, les aclaman verdaderamente grandes. La impiedad misma les ha dispensado, en mil ocasiones, los mayores elogios; y si algunas veces los critica, es porque el hombre vicioso no puede sufrir las tácitas reconvenções que con su conducta le hacen. Todos nos sentimos agitados por los deseos de elevacion: acordándonos de que somos reyes destronados, suspiramos todos por la grandeza. Despreciemos, pues, los juicios de los mundanos; y convencidos de la grandeza del hombre formado por el espíritu de la religion, hagamos todo lo posible por conseguirla, siguiendo constantemente sus máximas, adoptando sus pensamientos, nutriéndonos de sus sentimientos y afectos, y obrando en todo conforme á los altos destinos á que nos llama. De este modo seremos el

objeto de la admiracion de los hombres, brillará en nosotros la verdadera grandeza, y llegado el tiempo de la recompensa, seremos coronados en la interminable bienaventuranza de la gloria, que os deseo á todos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LA VERDADERA Y FALSA GRANDEZA.

Quicumque glorificaverit me, glorificabo eum; qui autem contemnunt me, erunt ignobiles. I Reg. II, 30.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. Eccle. I, 2.

Ecce magnus effectus sum, et præcessi omnes sapientia... Dedique cor meum ut scirem prudentiam, atque doctrinam, erroresque et stultitiam; et agnovi quòd in his quoque esset labor et afflictio spiritus. Idem, ibid. 16, 17.

Dixi ego in corde meo: Vadam, et affluam deliciis, et fruam bonis. Et vidi quòd hoc quoque esset vanitas. Idem, II, 1.

Coacervavi mihi argentum, et aurum, et substantias regum, ac provinciarum: et supergressus sum opibus omnes qui ante me fuerunt in Jerusalem omnia, quæ desideraverunt oculi mei, non negavi eis: nec prohibui cor meum quin omne voluptate fruere... vidi in omnibus vanitatem et afflictionem animi, et nihil permanere sub sole. Idem, ibid. 8, 9, 10, 11.

Yo honraré á todo el que me glorificáre; pero los que me menospreciaren, serán deshonrados.

Vanidad de vanidades, y todo lo de acá bajo no es mas que vanidad.

Yo he llegado á ser grande ó poderoso, y he aventajado en sabiduría á todos: y he aplicado mi corazon al conocimiento de la prudencia y de la doctrina, y de los errores y desaciertos: mas he visto que aún esto mismo era todo trabajo y afliccion de espíritu.

Entonces dije yo en mi corazon: Iré á bañarme en delicias, y á gozar de los bienes presentes. Mas luego eché de ver que también esto es vanidad.

Amontóné plata y oro, y los tesoros de los reyes y de las provincias... y sobrepujé en riquezas á todos los que vivieron ántes de mí en Jerusalem... nunca negué á mis ojos nada de cuanto desearon; ni vedé á mi corazon el que gozase de todo género de deleites... ví que todo era vanidad y afliccion de espíritu, y que nada hay estable en este mundo.

Quid nobis profuit superbia? aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa tanquam umbra. Sap. V, 8, 9.

Semen hominum honorabitur hoc, quod timet Deum; semen autem hoc exhonrabitur, quod præterit mandata Domini. Eccle. X, 25.

Gloria divitum, honoratum, et pauperum, timor Dei est. Eccle. X, 25.

Non gloriatur sapiens in sapientia sua, et non gloriatur fortis in fortitudine sua, et non gloriatur dives in divitiis suis; sed in hoc gloriatur, qui gloriatur, scire et nosse me. Jerem. IX, 23.

¿De qué nos ha servido la soberbia? Ó ¿qué provecho nos ha traído la vana ostencion de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas aquellas cosas.

Honrada será la descendencia del que teme á Dios; mas será deshonrada la del que traspassa los mandamientos del Señor.

La gloria de los ricos, la de los hombres constituidos en dignidad, y la de los pobres, es el temor de Dios.

No se glorie el sábio en su saber (dice el Señor), ni se glorie el valeroso en su valentía, ni el rico se glorie en sus riquezas: mas el que quiera gloriarse, gloriése en conocerme.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Resipiscat unusquisque à furore sæcularium dignitatum, quæ mentem animamque perturbant, ut compos sui esse non possit. S. Ambros. lib. 3 in Luc.

Nonne dementia est, cum habeas theatrum in cælo constitutum, spectatores tamen in terra tibi deligere? S. Chrys. Hom. 17 in epist. ad Rom.

Fugiendo gloriam Paula merebatur, quæ virtutem quasi umbra sequitur, et appetitores sui fugiens, sequitur contemp-

Reprima en sí cada uno de vosotros esa ambicion de dignidades temporales, que perturban al alma y al corazon de modo, que le traen fuera de sí.

¿No es una locura el procurarte espectadores en este mundo, teniendo en el cielo el lugar destinado donde debes figurar?

Paula merecia la gloria apartándose de ella, porque la gloria va en pos de la virtud como la sombra tras el cuerpo; y al paso

tores. S. Hieron. in vita S. Paulæ. que huye de los que la buscan, va tras los que la desprecian.

Blandum nomen honos, mala servitus, exitus æger. S. Paulin. epist. 36 ad August. El honor lleva un nombre muy halagüeño, importa un servicio muy duro, y aspira á un fin no muy feliz.

Véase: AMBICION.

GRANDEZA DE CARÁCTER, véase: CARÁCTER.

GRANDEZA DEL ALMA, véase: ALMA.

GRANDEZAS DE DIOS; véase: DIOS (GRANDEZAS DE).

GRATITUD, véase: AGRADECIMIENTO.

GULA.

I.

Attendite vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula.

Guardaos, no cargueis vuestro estómago de manjares.

(Luc. XXI, 34.)

El apetito desordenado de comer es un vicio, tanto más temible, en cuanto se introduce á la sombra de una necesidad, que con frecuencia experimentamos, y cuya precisa satisfaccion no es fácil discernir de un modo conveniente. Cada vez que nos vemos precisados á tomar alimento, debemos considerarnos en peligro, porque tras la necesidad puede venir el exceso, y son muchas las personas que se pierden por los excesos cometidos á la sombra de esta natural necesidad. La gula, en nuestra madre Eva, dió ocasion á todos nuestros males; y grandes son las ofensas que hacen á Dios los que viven entregados á este vicio, del cual quiere retraernos Jesucristo con estas palabras: «Guardaos, no cargueis vuestro estómago de manjares.»

Como, al parecer, las gentes no se arredran de este vicio horrible,

aún cuando sea uno de los más perniciosos para las costumbres, voy ahora á describiros los estragos y las consecuencias de este vicio. No dudo que, al conocer su trascendencia en el cuerpo y en el alma, en lo temporal y en lo eterno, en el hombre y en el cristiano, le aborreceréis cual conviene. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Muchos, dice el Eclesiástico (Eccli. xxxvii. 34), han muerto de un exceso de comida, al paso, que la sobriedad alarga la vida. No hay en la medicina remedio más eficaz, ni medio más seguro para conservar la salud y alargar la vida, que la templanza; y, al contrario, la gula es el mayor enemigo de la salud y de la vida. Hambre canina, sed rabiosa y mil enfermedades, padecen con frecuencia los que se entregan á sus excesos. Tal vez vosotros, dejándoos llevar de la corriente, atribuíis las enfermedades á la intemperie, al decaimiento de la naturaleza, ó á otras causas muy distintas de la gula; pero los médicos declaran, que la gula es el mayor enemigo de nuestro cuerpo, y el origen de muchísimas enfermedades; y el Espíritu Santo atribuye las enfermedades al exceso de la comida, añadiendo, que la glotonería viene á parar en cólicos y malos humores: *In multis escis infirmitas* (Eccli. xxxvii. 35). Adán, y en él todos los hombres, fueron condenados á buscar el pan con el trabajo y sudor de su frente, porque comió la fruta del árbol á que se le habia prohibido tocar; y muchos de sus hijos, con sus continuos excesos, multiplican sus males, y hacen á su naturaleza bastante industriosa ó bastante bárbara para castigarlos con la muerte.

Es triste tener que valernos de una razon tan humana, como es la conservacion de la salud, para hacer parcos y moderados en la comida á los cristianos, y vernos precisados á servirnos de la medicina, para apartar de los excesos de la gula á los que hacen profesion de seguir las máximas del Evangelio, y de obedecer los preceptos del Salvador. Repetidas veces el Señor nos prescribe la templanza, y nos prohíbe el apetito desordenado de comer. Procurad, hermanos, que no os engañe en esto el amor propio; consultad vuestra conciencia; tal vez os recordará que, más de una vez, por vuestros excesos en comer, habeis caído enfermos, ú os habeis expuesto á peligro de caer enfermos.

Si no bastase este peligro para cambiar el corazon de los que se entregan á la gula, algun terror deberá inspirarles la ofensa que con ella infieren á su razon. El hombre que, por su templanza, puede aspirar al inefable honor de ser superior á los celestiales espíritus, por su gula, hácese, muchas veces, inferior á los irracionales. ¿Qué heroicos